



Fina Birulés, *Entreactos. En torno a la política, el feminismo y el pensamiento*, Katz, Madrid, 2015. 209 páginas. ISBN-13: 9788415917212.

Alejémonos, desnudémonos y pensemos. Vayámonos de retirada y asumamos la vulnerabilidad y dependencia humanas para dar vida al pensamiento político y feminista. Y cuando alcancemos ese *impasse*, ese *mientras tanto* sin vértigo al vacío, entonces tendremos oportunidad de pensar libres. Asumir que somos más nuestras contingencias y casualidades que nuestras elecciones¹, nos permitirá acoger la idea más genuina de libertad. No la que irradia arbitrariedad y absolutismo, sino la que nos permite simplemente “tener un lugar en el mundo, un punto desde el cual poder mirar el mundo, y poder emitir el propio juicio...tener expectativas y, al mismo tiempo, ser objeto de esas expectativas” (p. 31). Esta es, a mi juicio, la propuesta de Fina Birulés con *Entreactos*: hacer que brote el buen pensar político y feminista desde un enfoque sobre la contingencia como “la forma de ser de la libertad política” (p. 49).

Birulés, profesora de Filosofía de la Universidad de Barcelona y coordinadora desde 1990 del Seminario “Filosofía y Género” en dicha universidad, entrelaza en este libro una serie de escritos filosóficos breves en los que reflexiona sobre los abordajes de cuestiones claves por la teoría política y la teoría de género. Publicado originalmente en catalán en 2014, ha sido traducido al castellano por Florencia González Brizuela, al mismo tiempo que ha sido revisado por la propia autora en 2015.

Experta en Hannah Arendt (1906-1975) y discípula de Françoise Collin (1928-2012), Birulés esboza en *Entreactos* un mapa propio sin fronteras en el que sus pensadoras y pensadores de cabecera viajan, dialogan y dan pie a sus propias reflexiones. Lo intelectual y lo personal se entrecruzan en estos textos de filosofía que, por su cuidado lenguaje y su forma de contextualizar, finalmente acaban no pareciéndolo. La habitual prosa filosófica está presente, pero la autora se encarga meritoriamente de que no obstaculice el desarrollo de la lectura. Sin abusos de la jerga academicista y con una estructura amable y sencilla, los tres capítulos que agrupan los diecinueve escritos en poco más de doscientas páginas se leen con facilidad. La claridad respecto a cuestiones complejas y de profundo calado también se agradece.

Con *Entreactos*, Birulés engarza básicamente dos perspectivas. Por un lado, nos invita a situarnos lejos de la acción, en la distancia, ya que así encontraremos los momentos de pausa necesarios para pensar y narrar con autenticidad. Entre acción y acción, como entre dos actos de una representación teatral, dice la autora, encontramos ese *mientras tanto* que se empeña en alcanzar, con Arendt, la libertad política *entre* la gente, en el transcurso de las contingencias de la propia vida. En este sentido, se apoya en Jeanne Hersch (1910-2000) para reclamar un pensamiento

¹ Odo Marquard, *Apología de lo contingente*, Alfons el Magnànim, Valencia, 2000, citado por Birulés (p. 50).

filosófico que implique un esfuerzo de desnudez y de retirada para plantear las cuestiones esenciales de la filosofía. Algo así como dejar a un lado los armazones de la seguridad, el control y la ambición a los que nos tienen acostumbrados las ciencias sociales.

Por otro lado, propone enfrentarse a las tradiciones de discurso, a la historia de tal pensamiento filosófico, desde un enfoque basado en los indicios, esto es, utilizando un “paradigma indiciario”². Se trata de un método interpretativo que, para Birulés, es tan válido para las artes como para el pensamiento filosófico. Consiste en centrar toda la atención en los detalles, los gestos, los fragmentos a priori intrascendentes pero que se convierten en indicios de lo verdaderamente genuino de cada obra. Algo así como un reclamo de investigación *a lo Sherlock Holmes*³, en el que se otorga a los signos aparentemente insignificantes, imperceptibles para *Watson*, un carácter conjetural sobre lo más determinante.

En estos entreactos, la autora propone ese *alejamiento* que permita relajar la tensión vigilante y avistar, buscar... casi contemplar esas pistas que pasan inadvertidas y que conforman indicios sobre el pensar político y feminista.

Del conjunto de temas que atraviesan los entreactos, destacaría la inmersión en el —aparentemente— interminable debate *igualdad vs. diferencia*. El punto de partida propuesto es la problematización de la igualdad, sintetizado en la afirmación: la igualdad de derechos no garantiza necesariamente la libertad. Se intuye necesaria una mejor conjugación de ambos valores, casi siempre en conflicto⁴, si se pretende alcanzar mayor efectividad de ambos. En sociedades normativamente igualitarias o casi igualitarias persiste la violencia de género. Esto es suficiente para reconocer que no bastan los logros igualitarios, entiende la filósofa. La carencia de libertad sería un continuo recordatorio de que las conquistas en materia de igualdad son frágiles⁵ (p. 28). Sin libertad, la igualdad se vuelve inerte. Por eso, hablar de libertad es, en última instancia, hablar de diferencia.

Igualdad no es sinónimo de homogeneidad. No se trata de igualar en identidad, sino en derechos. Así, para los movimientos feministas y para cualquier defensor de los derechos humanos, es irrenunciable el punto de partida arendtiano: *el derecho a tener derechos*⁶. Para el ejercicio de la libertad política, la igualdad es condición necesaria pero no suficiente: “Es solo la condición previa de lo político” (p. 28). De ahí que el foco se dirija hacia la diferencia, al reconocimiento de la pluralidad y la diversidad.

² Perspectiva pensada y utilizada por Carlo Ginzburg a partir de algunos artículos sobre pintura italiana de Giovanni Morelli (1816-1891). Carlo Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1989, citado por Birulés (p. 113).

³ Birulés asemeja el paradigma indiciario al método de Sherlock Holmes (p. 114). Toma la idea de Ginzburg, “Indicios”.

⁴ El enfoque conflictual de valores tiene a Isaiah Berlin (1909-1997) como un exponente destacado, para quien la conciliación entre los valores es falsa, pues el énfasis en uno conlleva un inevitable sacrificio pleno o parcial de otros. El acento en la libertad individual, por ejemplo, encuentra dificultades ante aspiraciones igualitarias porque merman su desarrollo, y viceversa. Subyace una idea de pluralismo que encierra una visión enfrentada de los valores y que parece desembocar en una incompatibilidad ineludible entre ellos. Isaiah Berlin, *El fuste torcido de la humanidad*, Península, Barcelona, 1992.

⁵ Hace uso aquí del texto “Entre igualdad y libertad” de Geneviève Fraisse, *La controversia de los sexos*, Minerva Ediciones, Madrid, 2002.

⁶ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 1987, p. 247.

En el planteamiento de Birulés, *la diferencia* representa la singularidad única de cada ciudadano y ciudadana en una comunidad política. Eso sí, no entendida como una distinción, una ausencia o una oposición, sino como “un *diferir*, un movimiento de espaciamento...una referencia a la alteridad, a una heterogeneidad” (p. 47). Se trataría de un llamado dirigido contra los planteamientos monistas que circunscriben la diferencia a *la mujer* en lugar de a *las mujeres*, es decir, que asocian la subjetividad a la revelación de una esencia en lugar de a un relato, a una narración abierta. En realidad, la diversidad tiene un carácter subversivo, plantea la filosofía, de alteración del orden de género establecido. No es susceptible de aprehenderse a partir de la mera declinación en plural de rasgos distintivos.

La decisión de abordar la figura de la *diferencia* sin reducirla a un nombre (la mujer, los quechuas), operación que siempre indica *identidades* como sucede en el caso de los conflictos binarios...ni tampoco declinarla en plural, como sucede en la polémica entre multiculturalistas, universalistas y liberales cuando se habla de *diferencias*, ya que entonces la diferencia se muestra tan solo como un tipo de fragmentación de la lógica de la identidad...A pesar de que el énfasis en el reconocimiento de las diferencias ha puesto sobre la mesa la necesidad de cuestionar la homogeneización cultural dominante, el carácter subversivo de la diversidad no puede descansar en una mera multiplicación numérica (p. 44).

El pensamiento de Arendt nutre buena parte de la obra de Birulés y de ahí la importancia de la diferencia, la singularidad. La convivencia política supone la siempre difícil y conflictiva articulación de las múltiples diferencias, de las relaciones plurales que dan sentido a la comunidad política y que quizá son siempre mejor entendidas en términos de distancia que de cercanía u homogeneidad (pp. 131-132). En los años sesenta, la reivindicación de libertad y diversidad aupada por el movimiento feminista radical clamaba por la propia eliminación del género como categoría social significativa. Hoy por hoy, el género parece haber asumido tal grado de diversidad. La identidad ha adquirido tal grado de apertura y fluidez, que la construcción de sociedades más democráticas, libres e igualitarias, más que de eliminar el género, dependería de la apertura hacia nuevos campos de posibilidades de asimilación radical de la diferencia, de hacer florecer nuestras “vidas con géneros”⁷.

Esto, desde luego, no podría hacerse obviando el conflicto. En el libro, la tensión teórica entre las distintas tradiciones de pensamiento es manifiesta. En la colección de escritos que Birulés nos ofrece en los últimos entre actos del capítulo “Figuras del pensamiento femenino contemporáneo”, se palpan las tiranteces filosóficas sobre las que la autora propone aplicar el paradigma indiciario. De hecho, la propia expresión “pensamiento femenino” en lugar de “pensamiento feminista” en el título del apartado, así como el rescate de pensadoras menos visibles —al menos a mi parecer—, como Jeanne Hersch, Rachel Bepaloff (1895-1949) o Sara Kofman (1934-1994), lo deja patente. En Bepaloff se apoya para concluir que la comprensión de la vida “significa aceptar y tener la *fuerza* de sostener el conflicto profundo del cual es portadora” (p. 168). Afrontar el conflicto de la vida y, por ende, de la filosofía, necesitaría no solo de una aguda vista indiciaria sino también de *inventio*, de imaginación. Con

⁷ Fernando Fernández-Llebreg, “Malestares de género: Identidad e inclusión democrática”: *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, vol. 12 (2012), pp. 29-59.

ayuno creativo e imaginativo se vuelve complicado. No es de extrañar que acuda a Bernaloff, por su lectura de la *Iliada*, para reconocer que la sabiduría está hasta tal punto tan relacionada con la estética, que la poesía o la música son casi necesarias para el pensar y filosofar político.

El diálogo de Simone de Beauvoir (1908-1986), Simone Weil (1909-1943) y Françoise Collin pone el broche final a nuestra lectura atendiendo al dilema igualdad/diferencia que atraviesa el texto. Para Birulés, la diferencia de los sexos es una realidad, pero no una naturaleza. Es lo que hace germinar a los feminismos, pero, a su modo de ver, no es tangible ni definible, ya que “nada puede decirse acerca de la naturaleza de los diferentes” (p. 207). Ni esencialismo ni indiferencia frente a la diferencia sexual. Lo que es realmente decisivo para la filósofa es la superación del sistema sexista, el que constituye las relaciones de poder entre las categorías de hombre y de mujer. El feminismo no puede concebirse solo como una herramienta para reparar injusticias, sino que debe considerarse un agente de cambio político, de reconstrucción de la comunidad política.

Francisco Camas García
Universidad de Granada (España)
fcamascarcia@gmail.com